

LA GLOBALIZACIÓN COMO OPORTUNIDAD PARA LA UNIVERSIDAD

Arturo Sosa A., SJ
Universidad Católica del Táchira (Venezuela)

Sin entrar en la importante discusión teórica sobre el carácter del proceso conocido como globalización, para unos, o mundialización, para otros, tomamos como punto de partida de estas reflexiones lo que parece ser un consenso entre quienes abordan el tema: el proceso que vive actualmente la humanidad no puede concebirse como una simple expansión de lo que hemos conocido como la era industrial o la modernidad sino como una transformación de fondo, con todas las características de un cambio de época. Como todas las instituciones de la época que llega a su culminación, la Universidad puede vivir este momento como su ocaso o como la oportunidad hacerse constructora del futuro.

Los límites del industrialismo racionalista

La expansión a todo el planeta del modelo de relaciones culturales, sociales, económicas y políticas de los países llamados desarrollados desde la perspectiva de la modernidad industrial no es posible ni deseable. Una época histórica alternativa está llamada a acumular los pasos dados en la anterior y superar sus limitaciones.

La simple expansión del modelo industrial, como lo conocemos hoy, a todas las naciones de la tierra pondría en peligro la supervivencia del planeta mismo, incluyendo la posibilidad de la vida humana en él. La era industrial ha permitido un acelerado desarrollo de la vida humana en todas sus dimensiones, en un tiempo más breve que épocas históricas anteriores. El legado de la era industrial a la humanidad, en cuanto a la creación de bienes civilizatorios, es enorme. Al mismo tiempo ha mostrado sus límites especialmente en el tipo de relaciones que crea entre los seres humanos, sus instituciones y los recursos del planeta.

Se ha mostrado claramente el límite de una concepción ingenuamente optimista de la racionalidad humana. Se ha tomado conciencia, por ejemplo, de que la creatividad de la técnica para encontrar caminos alternos a la amenaza que representa la expansión del industrialismo para el ambiente en el que se desarrolla la vida en la tierra, no es inagotable. El industrialismo fundado en el racionalismo, como modelo de pensamiento, ha perdido vigencia. En este momento de la historia humana sabemos que pensar el futuro sobre esas bases es imposible.

Una consecuencia, por tanto, del cambio de época que vivimos es la necesidad de desarrollar un pensamiento alternativo, complejo, capaz de dar cuenta de la diversidad de la realidad histórica y natural en la que se desenvuelve la vida humana y contribuir eficazmente a la consecución de las condiciones para una vida de calidad para todos los seres humanos. La Universidad fue exitosa en su contribución al cambio de época que supuso la revolución industrial y el desarrollo del pensamiento científico-técnico. La Universidad ha sido una eficaz creadora de pensamiento racional moderno y una eficiente multiplicadora de la transmisión del conocimiento propio de la modernidad industrial. Se encuentra ahora ante el desafío de participar en la generación y transmisión del pensamiento complejo capaz de dar cuenta de la diversidad de la realidad que se nos ha hecho patente y contribuir a producir un modelo sostenible de vida humana de calidad.

También se ha mostrado la imposibilidad de la concepción industrial-racionalista de aprehender la multiplicidad entrelazada de las dimensiones que constituyen la vida humana y sus condiciones de

permanencia en el largo plazo. En la dimensión colectiva, pública o política se manifiesta claramente este límite del racionalismo industrialista. Algunos ejemplos que muestran como el modelo racionalismo industrialista no sólo insostenible en el largo plazo sino que tampoco es deseable son:

- Las caras de la violencia, producto de la agudización de la injusticia estructural de la relaciones entre los seres humanos se han hecho más variadas, intensas, interrelacionadas y riesgosas. Se ha producido una violencia multiforme, que afecta la calidad de las relaciones humanas, tanto en el campo como en la ciudad, llegando a condicionar la vida de grupos cada día más extensos.
- La erosión de la diversidad cultural que lleva al debilitamiento de culturas muy antiguas, y a la exclusión de grandes grupos de seres humanos, obligados a abandonar sus culturas para insertarse marginalmente en el esquema dominante.
- La implantación del beneficio económico individual como el valor primordial que orienta las ideas, prácticas y comportamientos institucionales de la mayor parte de la humanidad.

La conservación y mejor aprovechamiento de los enormes e importantes avances humanos producidos por la era industrial requiere la superación de su modelo de pensamiento y de relaciones económicas, políticas, sociales y culturales.

El largo plazo y el interés colectivo

La sostenibilidad de la vida humana en el planeta es la prioridad del modelo de pensamiento y relaciones que es necesario concebir y construir para superar positivamente la era industrial y convertir esta nueva época en un paso cualitativo hacia la humanización de la historia.

La primera condición para dar ese paso es lograr un pensamiento y una relaciones sociales caracterizados por una clara visión y compromiso con el largo plazo, de modo que no sea sacrificado por las metas de corto plazo. Hoy día, desde los países más pobres se observa con cierta envidia el fulgurante desarrollo de China e India. En revistas y medios de comunicación se aplauden los altos y sostenidos indicadores de crecimiento de estos dos países. Sin embargo, pocas veces se hace la reflexión sincera sobre la sostenibilidad a largo plazo del modelo económico que produce ese crecimiento y de cómo se verá afectado el resto del planeta con la expansión de este modelo en dos de las sociedades más grandes del mundo.

Se evitan sistemáticamente preguntas como si existe suficiente combustible fósil para alimentar los procesos industriales ya existentes en los llamados países desarrollados con la incorporación de China, India, el resto de Asia, África y América Latina, así como las consecuencias ambientales de su uso masivo. Las preocupaciones, alertas y recomendaciones de eventos como la Cumbre de la Tierra en el año 2000, acerca de la amenaza a la biodiversidad o al ciclo del agua, desaparecieron en los archivos y gavetas de sus promotores. Las Universidades seguimos preparando profesionales para gerenciar el modelo industrial. En ellas tampoco es fácil encontrar el espacio para las preguntas de mediano y largo plazo o para que éstas se conviertan en el origen de un nuevo enfoque del crecimiento económico y el desarrollo humano sostenible como eje de la investigación, la formación profesional y las relaciones Universidad-sociedad.

Una de las características más preocupantes del cambio de época actual es la creciente desafección por la política y la disminución de la participación ciudadana en las decisiones a todos los niveles, local, nacional, regional o mundial. La hiper-valoración del interés individual y el crecimiento

económico que lo garantice, dentro de la lógica del mercado, ha separado en la práctica cotidiana las metas personales del medio ambiente o espacio público (polis) en el que se desenvuelve tanto la vida colectiva como la individual.

La constitución de un sujeto político, dotado de un pensamiento complejo sobre los desafíos del cambio de época y un compromiso con el largo plazo de la sostenibilidad de la vida humana en la tierra, es, quizá, el mayor de los desafíos actuales de la humanidad. En la dinámica de un mundo globalizado e interdependiente resulta engañoso confiar en que la convergencia de las decisiones individuales o parciales encontrará el camino hacia la justicia social y la inclusión, corrigiendo el rumbo inercial del industrialismo racionalista y las instituciones sociales o políticas surgidas de la modernidad. Es necesaria una acción consciente, colectiva, fruto de un proceso de toma de decisión orientado a ese objetivo de la justicia social y el equilibrio ecológico.

Política y largo plazo

El rescate de la política es una condición para la existencia de un pensamiento que tenga el largo plazo de la sostenibilidad de la vida como prioridad. La política la hacen los ciudadanos, es decir, quienes son capaces de relacionar los intereses comunes con sus intereses individuales, quienes son capaces de ver las consecuencias a mediano y largo plazo de sus decisiones de corto plazo. El ciudadano de la nueva época requiere una visión mundial o planetaria de los intereses comunes en cuyo centro esté planteada la posibilidad de una humanidad, con una alta calidad de vida que asegure la sostenibilidad del planeta en el largo plazo.

El ritmo del proceso globalizador de las actividades económicas ha resultado mucho mayor y más rápido que el de las relaciones políticas. Esa brecha hace que la economía globalizada sea una dimensión ingobernada con tendencia a hacerse ingobernable o, lo que es peor, a convertirse en la que gobierna el conjunto de las relaciones humanas. No cabe duda de que una globalización con estas características en nada contribuye a la humanización de la historia.

Una comunidad política global, a través de la cual se garantice la toma de decisiones inspirada en una ética humana regida por la solidaridad, es una de las necesidades del momento histórico. El desafío no se limita a la constitución de un “gobierno mundial” eficaz, surgido de la prolongación de los gobiernos nacionales y sus alianzas o del perfeccionamiento de las instituciones multilaterales, ni siquiera de las Naciones Unidas, como han existido en sus primeros cincuenta años. El desafío consiste en desarrollar la condición ciudadana de los habitantes del planeta tierra con una visión de “intereses mundiales” (o planetarios) y conciencia de la densidad histórica de las decisiones que se toman para moldear el futuro, a través de instituciones capaces de encarnar esos intereses comunes.

El desarrollo de la época moderna ha puesto de manifiesto la importancia de la libertad humana y de las consecuencias de vida o muerte que tiene su ejercicio. La libertad es la capacidad de elegir, de escoger una alternativa entre varias posibles. La libertad es la condición de posibilidad de la ética, la política y la historia. La ética está indisolublemente asociada a cómo se formula lo que es el ser humano y como se ejerce la condición humana en un momento determinado de la historia. La historia es un espacio de relaciones entre seres humanos libres que toman decisiones que afectan a unos y a otros. La libertad es una característica del individuo relacionado con otros, pues la socialidad es una condición de la vida humana.

La política como vinculación entre ciudadanía mundial y ética humana es clave. La sostenibilidad de la vida en el planeta depende de los valores que motiven las decisiones y den sentido a la vida de

calidad a la que se aspira. La ética que puede inspirar decisiones de largo aliento está asociada a valores como la solidaridad, la austeridad en el uso de los recursos, la productividad en función del bien común, la búsqueda de la justicia social, la valoración de la diversidad cultural y la sustitución de la fuerza por el diálogo y la negociación como los instrumentos para “imponer” las decisiones.

Habría que añadir que lograr ubicarse desde la mirada de los pobres y excluidos es la mejor perspectiva para tomar decisiones que beneficien al conjunto de la humanidad. Ubicarse en otra posición significa correr el riesgo de mantener o ampliar la exclusión que la actual estructura de relaciones culturales, sociales, económicas y políticas ha producido.

Hasta donde ha alcanzado la creatividad política del ser humano la democracia se considera el mejor modo de tomar decisiones políticas. Al mismo tiempo es necesario reconocer las limitaciones que tienen las democracias que existen y han existido en la era moderna. El cambio de época coloca grandes desafíos a la democracia como mecanismo de toma de decisiones políticas. La democracia requiere la desconcentración del poder mientras que la globalización ha sido, en buena parte, una experiencia de concentración del poder en menos manos.

La democracia funciona por la libre circulación de la información y la capacidad de pueblos e individuos de tener acceso a la información pertinente para participar en los procesos de toma de decisión que afecten al conjunto. Si bien se han ampliado los medios de transmitir la información y la facilidad de tener acceso a ellos, la globalización ha producido una homogenización de la información. La formación de los ciudadanos para manejar los volúmenes de información que hoy se producen es una de las carencias de la democracia actual. La democracia requiere la participación libre, mientras las condiciones reales en que vive la mayor parte de los habitantes del planeta están lejos de garantizar la libertad de personas, culturas y pueblos.

La mundialización pone en cuestión algunas de las convicciones de la democracia de la era moderna. Por ejemplo, el concepto de soberanía nacional y la imposición de las decisiones por la mayoría de votos, aunque se reconozca la representación de las minorías. La soberanía nacional no puede ser un valor absoluto en una época que se pretenda inspirada por un proyecto mundial compartido, cuya realización depende del uso de todos los recursos del planeta en las condiciones diseñadas en el proyecto común. Los límites de la soberanía nacional como se ha entendido en la época moderna se han puesto claramente de manifiesto en situaciones de clara violación masiva de los derechos humanos, genocidios o limpiezas étnicas en una determinada nación-Estado. Si bien el reconocimiento de la soberanía de las naciones sirvió, en su momento, para limitar los poderes colonizadores, hoy es necesario evitar que su ejercicio se convierta en obstáculo a un uso racional de los recursos naturales, la interacción económica, el manejo de la información y la preservación de la diversidad cultural.

La profundización de la democracia como se ha venido practicando en los países modernos exige la creación de formas más complejas de alcanzar decisiones a la de la mayoría de votos o el veto impuesto por los más poderosos. La formulación de un horizonte compartido de futuro y la aceptación de valores que aseguren la visión de largo plazo pueden dar pie a la generación de “reglas de juego” y mecanismos de toma de decisión que no dependan del poder actual de algunos actores o de la mayoría circunstancial de los que sólo son capaces de reconocer los intereses inmediatos.

Una oportunidad para la Universidad

Un cambio de época es, en el fondo, un cambio cultural, un cambio en la cosmovisión desde la que nos comprendemos como seres humanos y en la que se encuentra sentido a las acciones que emprendemos en cualquier campo de la vida humana. La Universidad centra su razón de ser y toda su actividad, precisamente, en el campo cultural. En la Universidad se piensa, se crea conocimiento, se trasmite la cosmovisión, se hace patente la tradición y se mantiene la memoria histórica de la humanidad.

El futuro lo estamos haciendo con las decisiones del presente alimentadas de la memoria del pasado. Participar consciente y activamente en el proceso de humanización de la historia global del mundo es una dimensión retadora de la actividad universitaria actual. El futuro no existe como una derivación automática del presente, por el contrario, el futuro requiere ser “inventado” a partir de la experiencia y de la conciencia de ser protagonista de un cambio de época.

La Universidad forma parte de las instituciones llamadas a alentar la diversidad cultural propia de la creatividad humana a lo largo de la historia, promover la justicia social en la producción y distribución de los bienes civilizatorios y propiciar la vigencia de los derechos humanos en todas las relaciones sociales. Su capacidad de crear pensamiento orientado a la formulación de un sistema de ideas para el desarrollo sostenible y transmitir conocimiento, de una manera adecuada a la sensibilidad de las generaciones más jóvenes, para formar constructores de nuevos caminos y pensadores independientes, la coloca en una condición privilegiada para contribuir a orientar la globalización en la dirección de la humanización de la historia.

La Universidad puede ser un espacio de libertad creativa, que se nutra de la diversidad de las expresiones culturales presentes en la tradición histórica de la humanidad, alimente su desarrollo y propicie su intercambio en busca de nuevos horizontes para todos los seres humanos.

Los procesos de integración regional, de globalización y mundialización están exigiendo a la Universidad una transformación profunda que le permita estar en la vanguardia de la creación humana. Realizar esa transformación es una oportunidad que puede aprovecharse o dejarse pasar. Transformar la Universidad en una institución que contribuya consistentemente a la humanización de la mundialización supone una decisión consciente de los universitarios, especialmente de los responsables de su orientación.